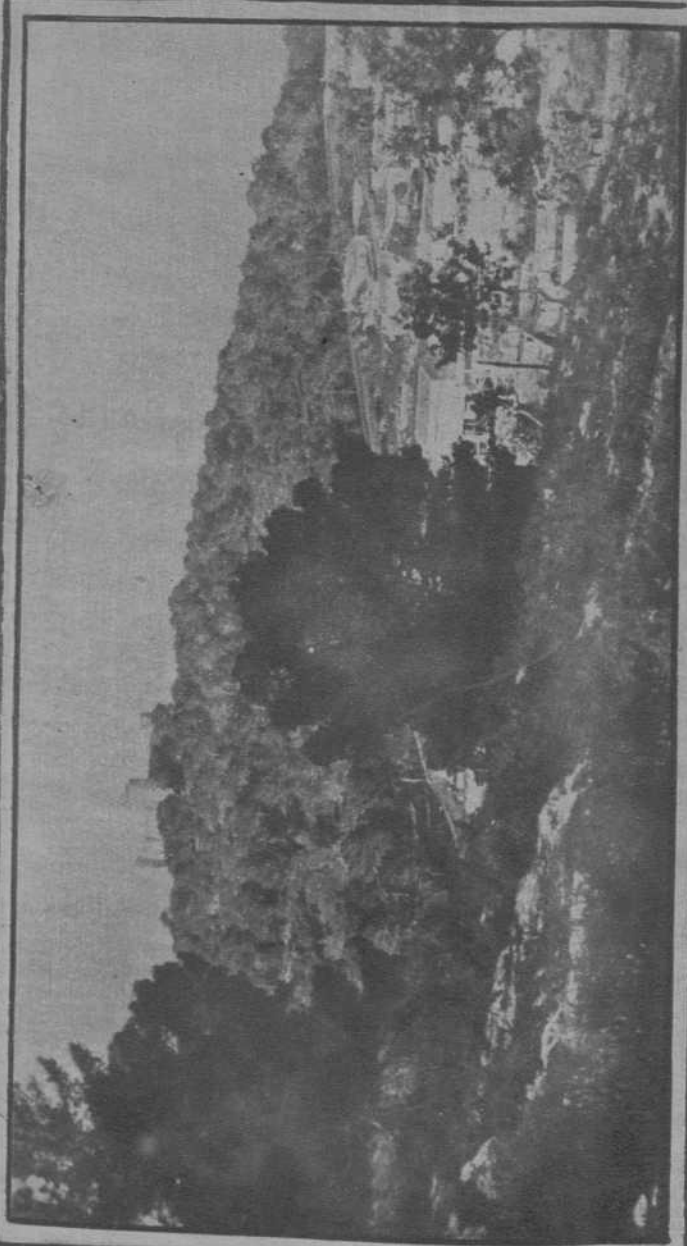
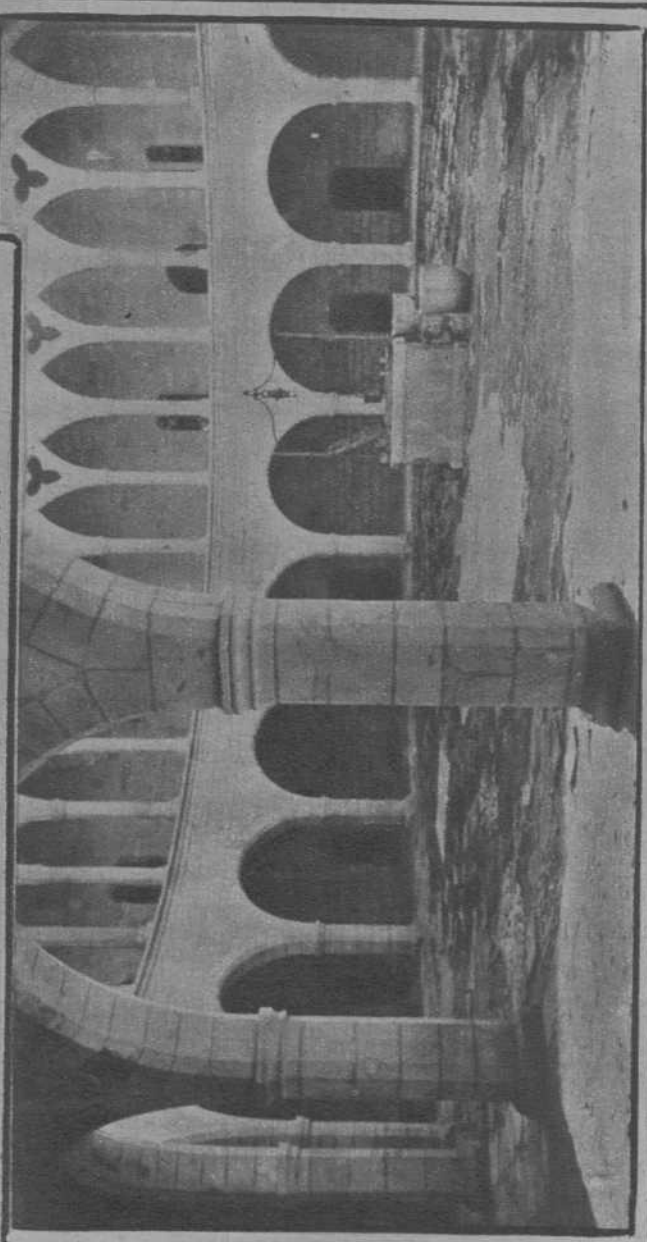


*El Castillo
de Bellver,
una de las
joyas de
Palma de
Mallorca.*



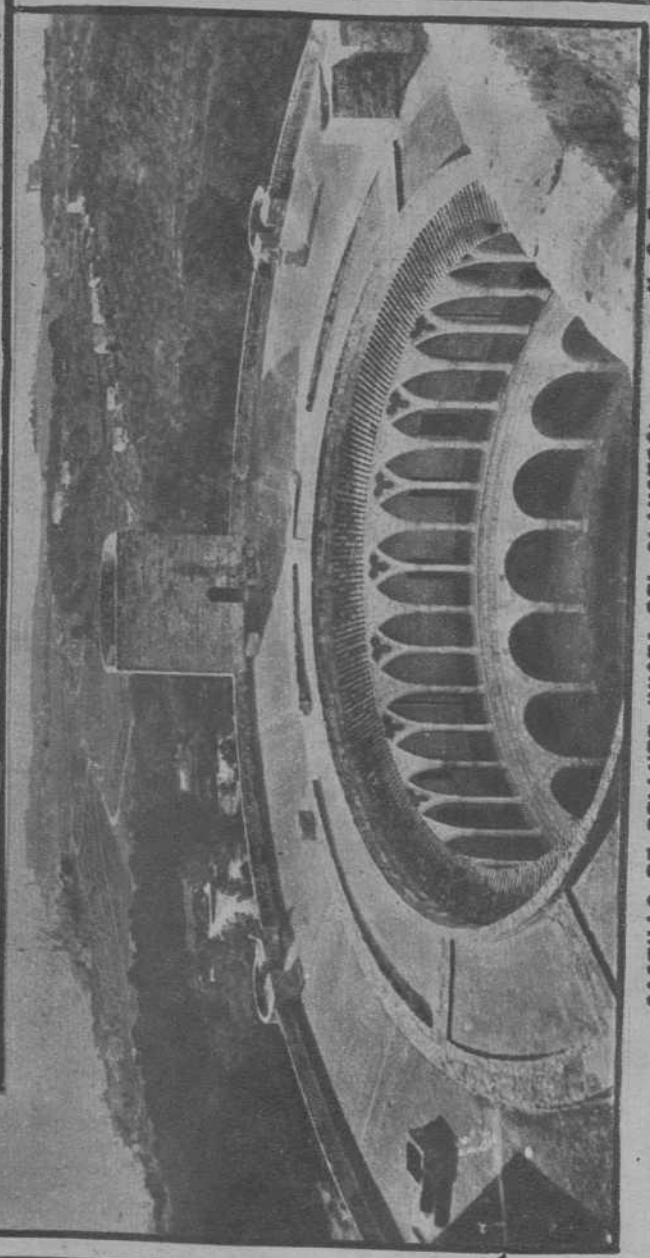
VISTA DEL CASTILLO DE BELLVER

N. O. P.



CASTILLO DE BELLVER (VISTA DEL CLAUSTRO)

N. O. P.



CASTILLO DE BELLVER (VISTA DEL CLAUSTRO)

N. O. P.

NUM
-18-

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

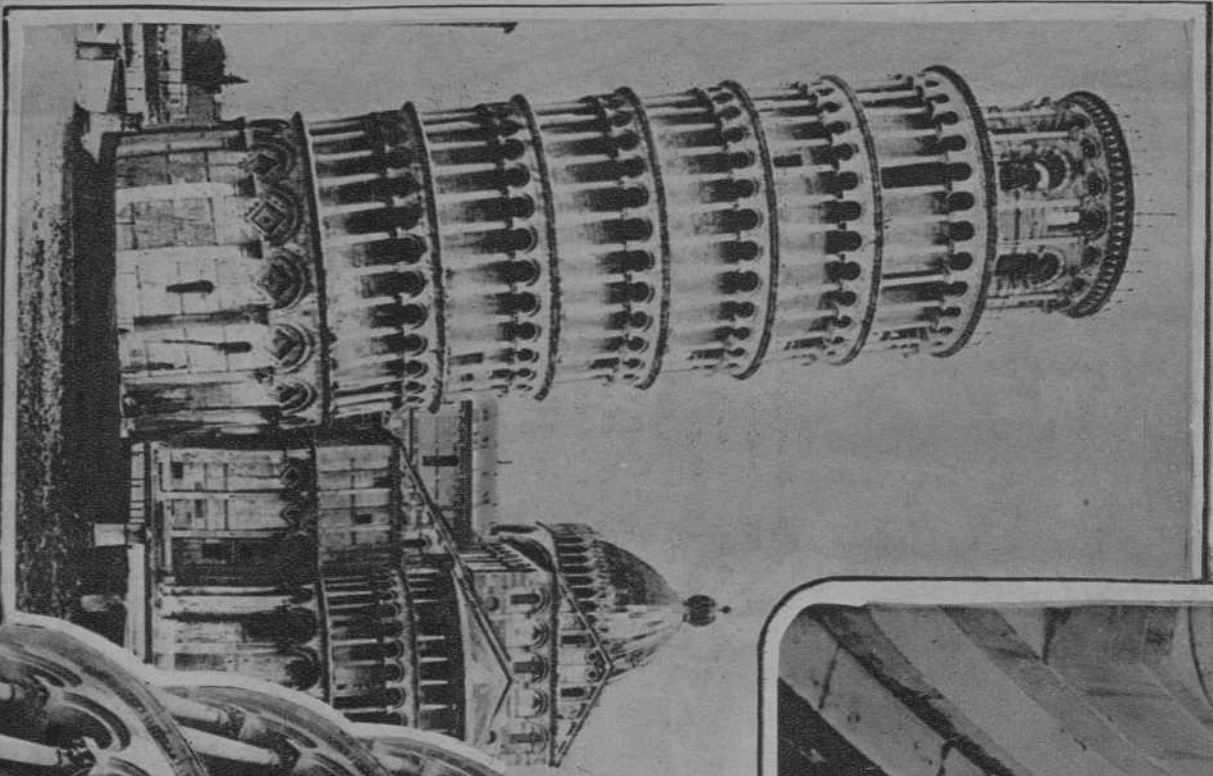
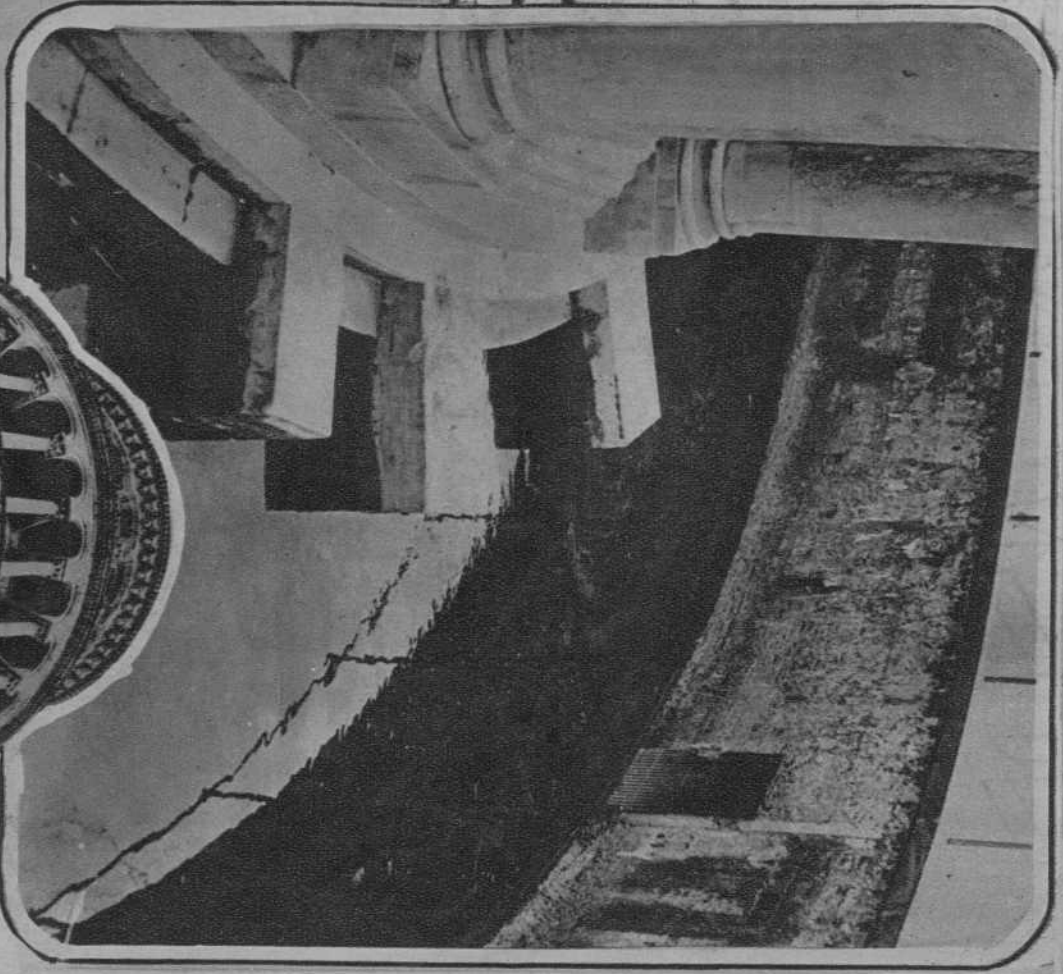
JULIO
15-1928



RETRATO DE FERNANDO VII, POR GOYA, DE LA COLECCION DEL CANAL
IMPERIAL, DE ZARAGOZA (Fot. Mas)

La torre inclinada de Pisa en peligro

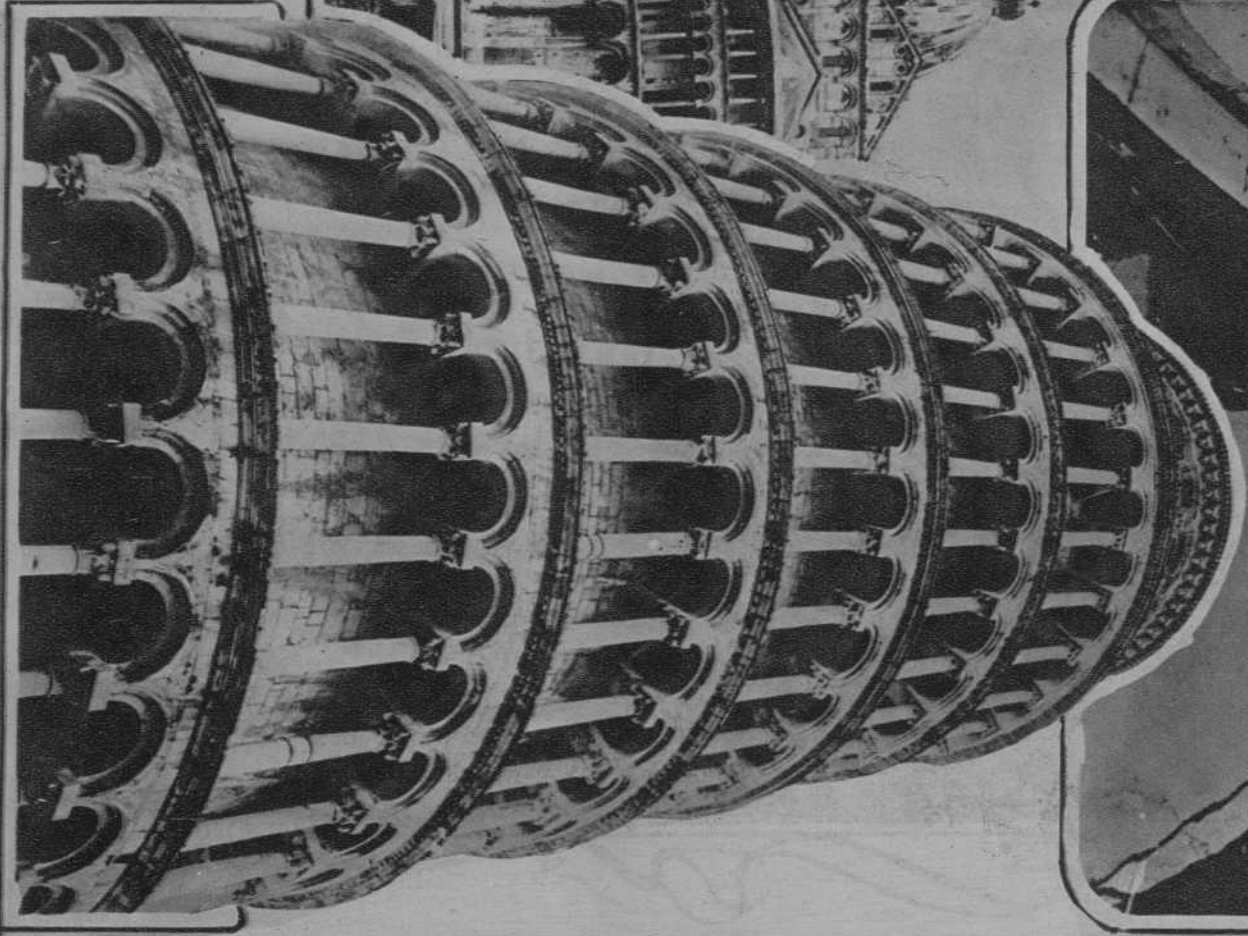
Basamento de la torre en el que se han observado algunas grietas.



La torre de Pisa, que va a ser objeto de importantes obras de consolidación.

La torre vista desde su base.

Foto: Requena.



La vida en las regiones árticas

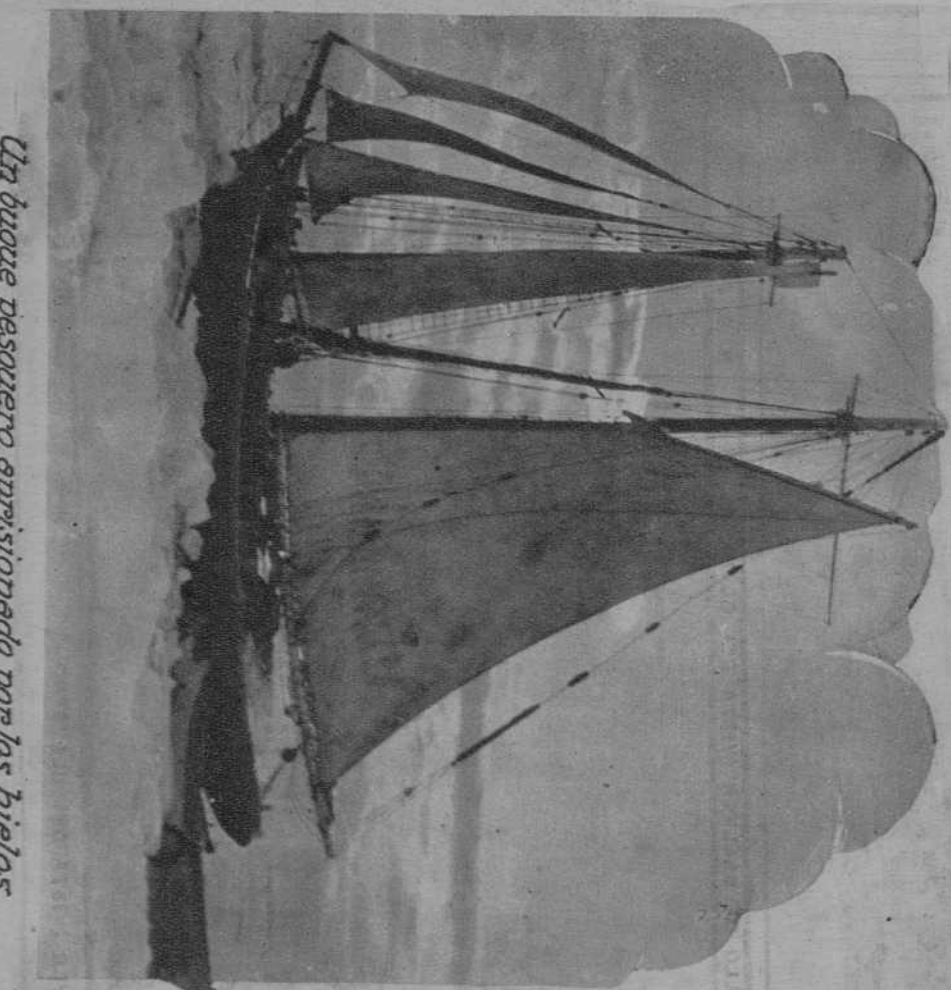
En las confines del mundo, donde la vida se hace rara y la blanca llanura sin fin agota todas las energías, hay quienes dedicados a la pesca, ven transcurrir las interminables noches con placida tranquilidad...



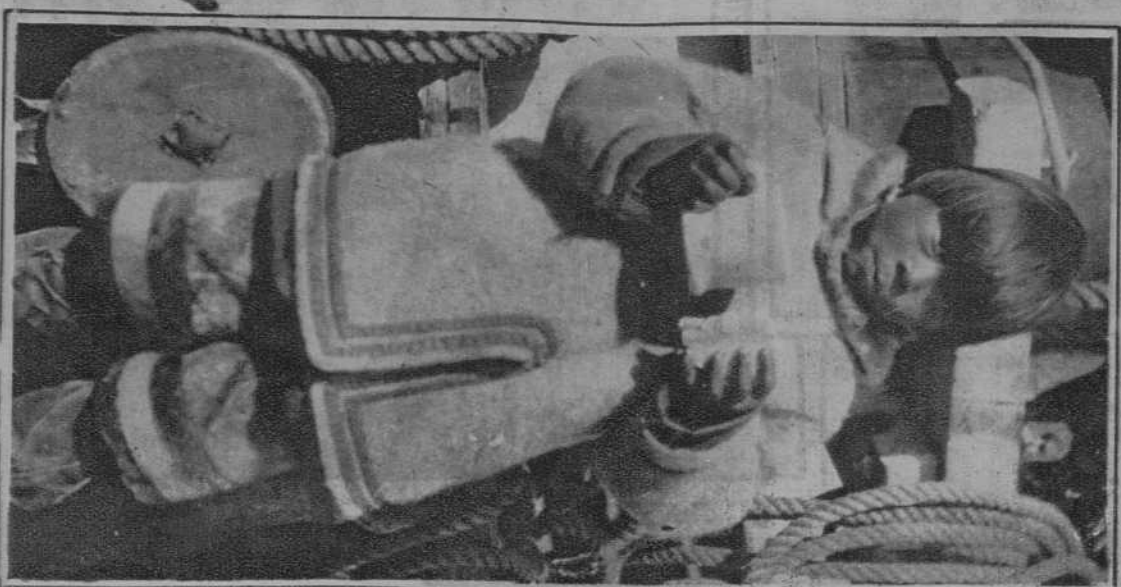
Un pescador de la Bahía de Baffin

Foto: Vidal.

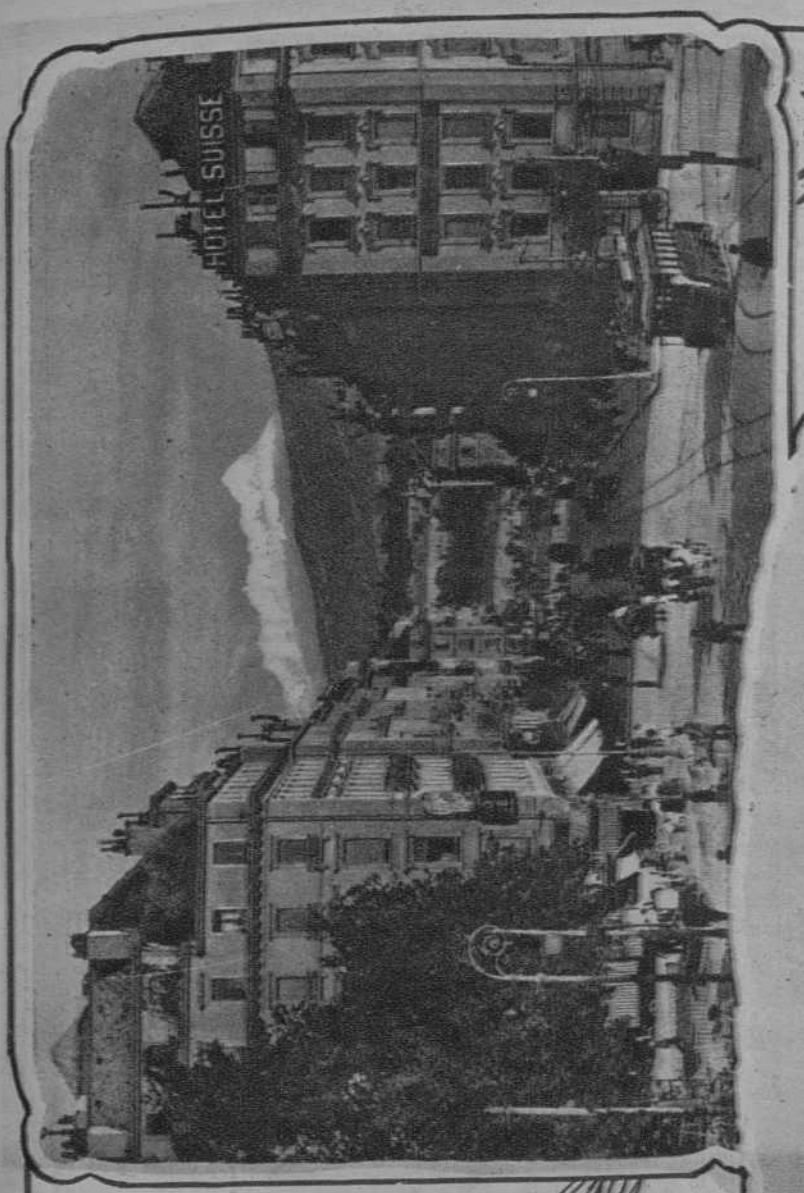
Alimentando al pequeño



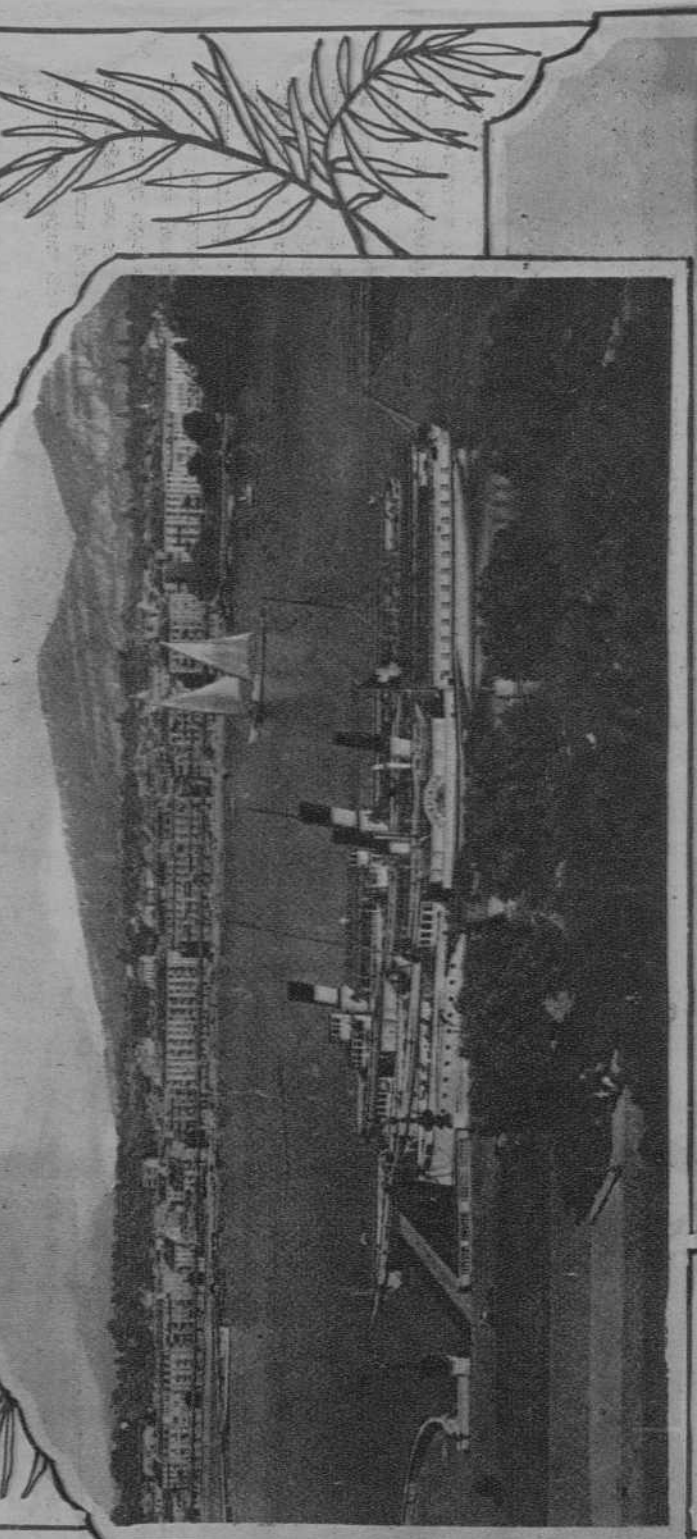
Un buque pesquero, prisionero por los hielos.



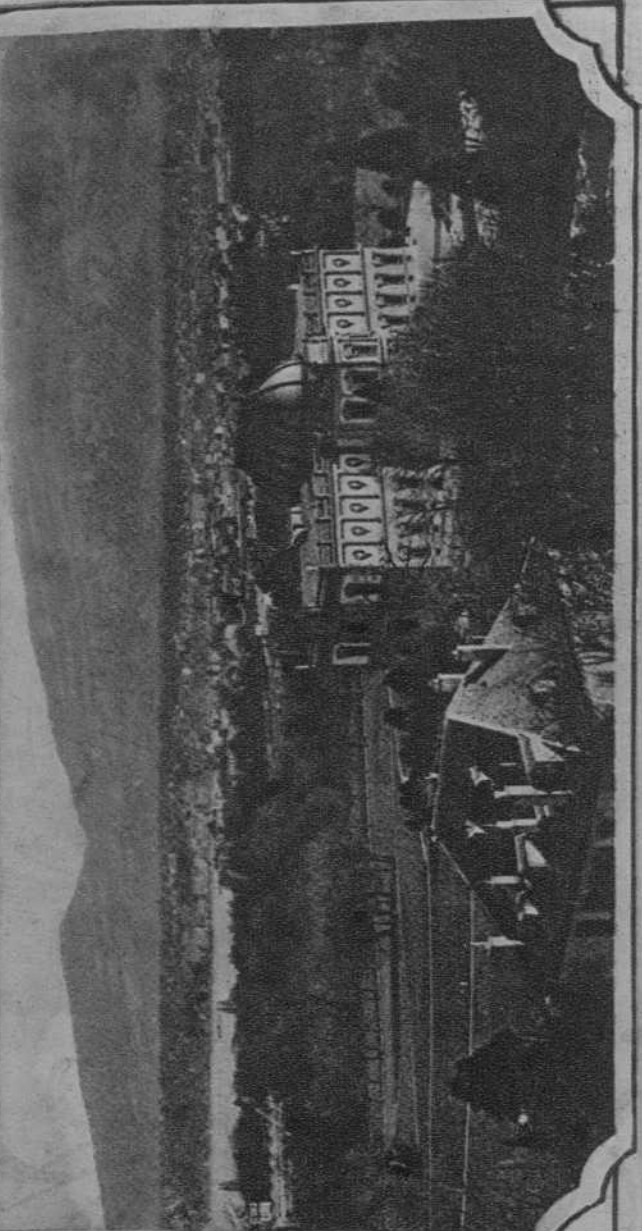
El número de a bordo



GINEBRA Y EL MONT
BLANC
VISION OBSESIONANTE
LA CONSTITUTE EN
GINEBRA LA PERLA
SUIZA, EL MACIZO
NEVADO DEL MONT
BLANC



LA CALLE DEL MONT
BLANC

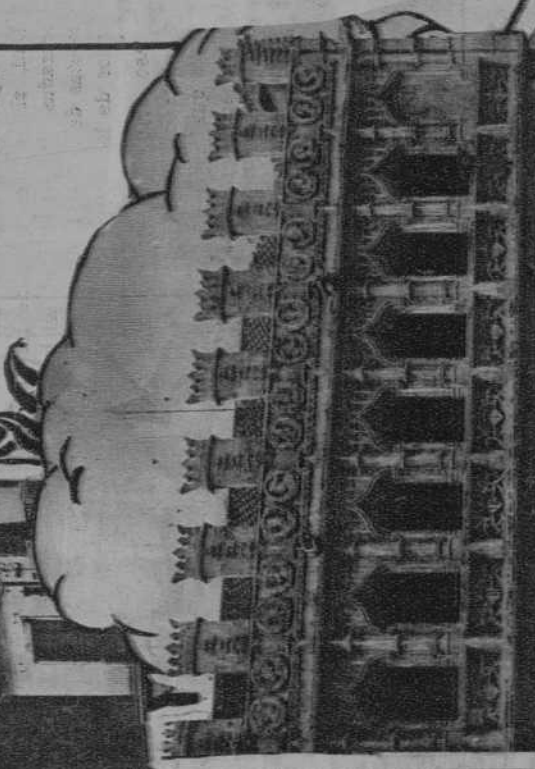


EL MUELLE SOBRE
EL LEMAN

VISTA GENERAL
DE LA CIUDAD
(FOIRN, N.)

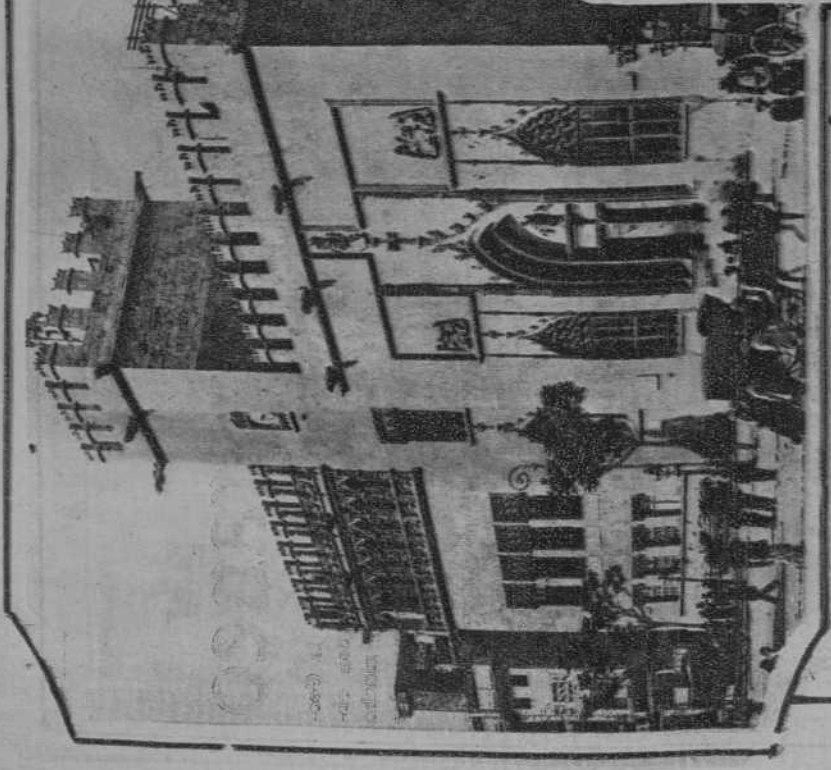
LA LONJA DE
VALENCIA

BELLISIMO LEGADO DEL
SIGLO XV. LA LONJA DE
VALENCIA CONSTITUTE
UNO DE LOS MAYORES
ATRATIVOS DE LA CIU-
DAD DEL TURIA

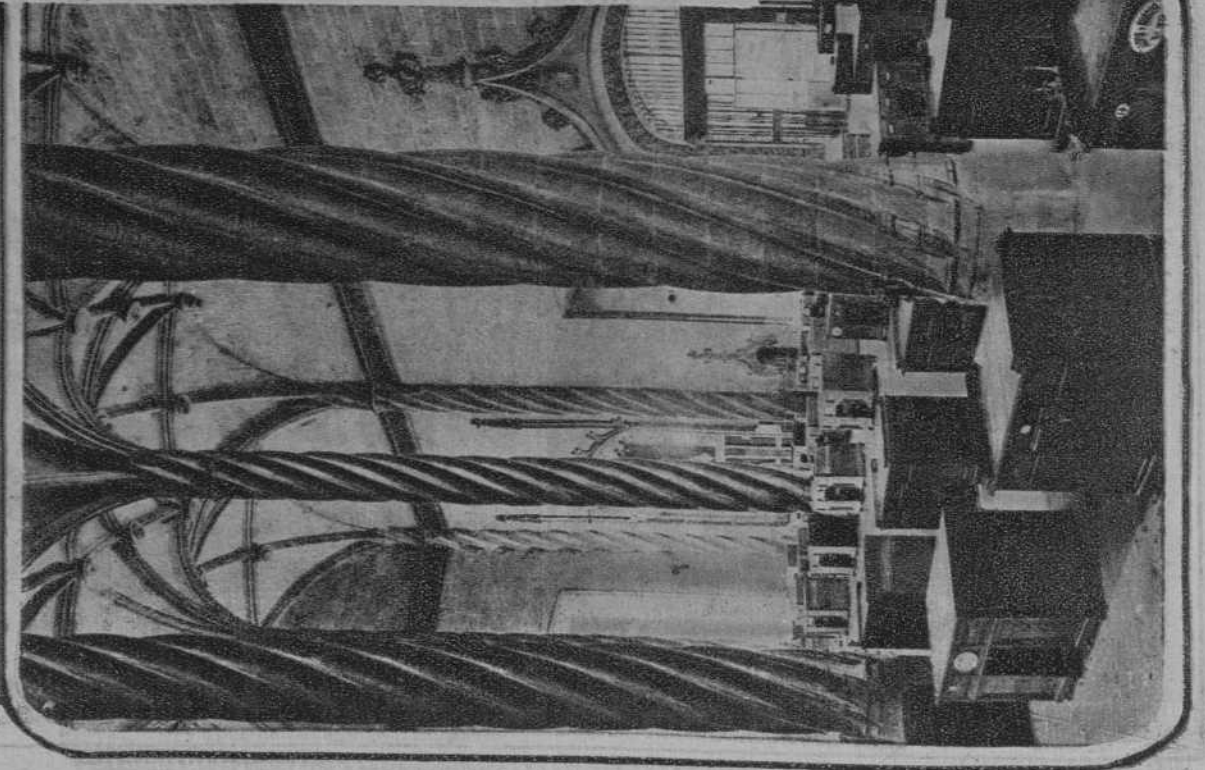


EL PATIO

INTERIOR DE LA LONJA

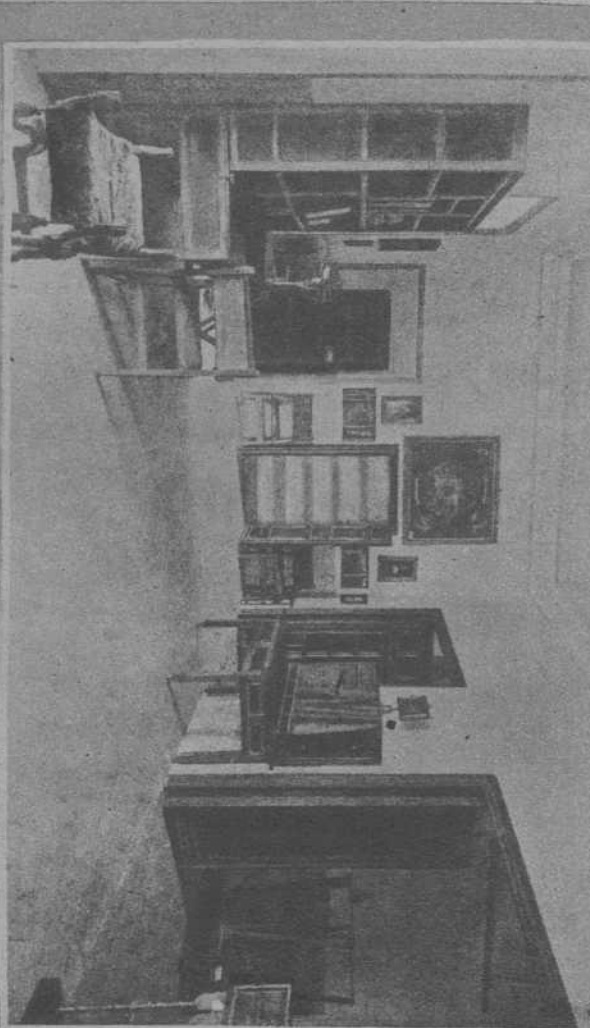


VISTA DEL EDIFICIO

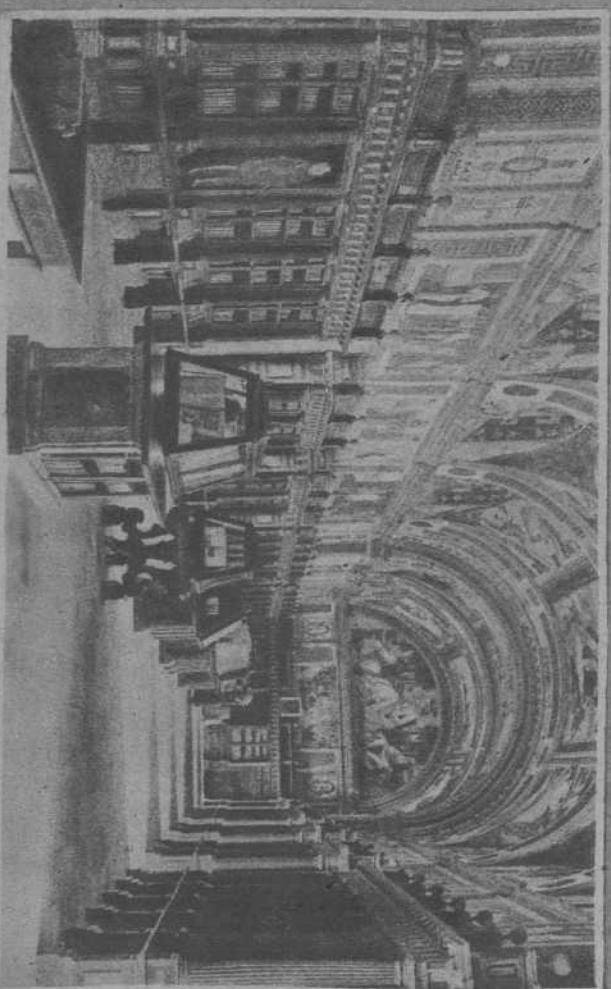




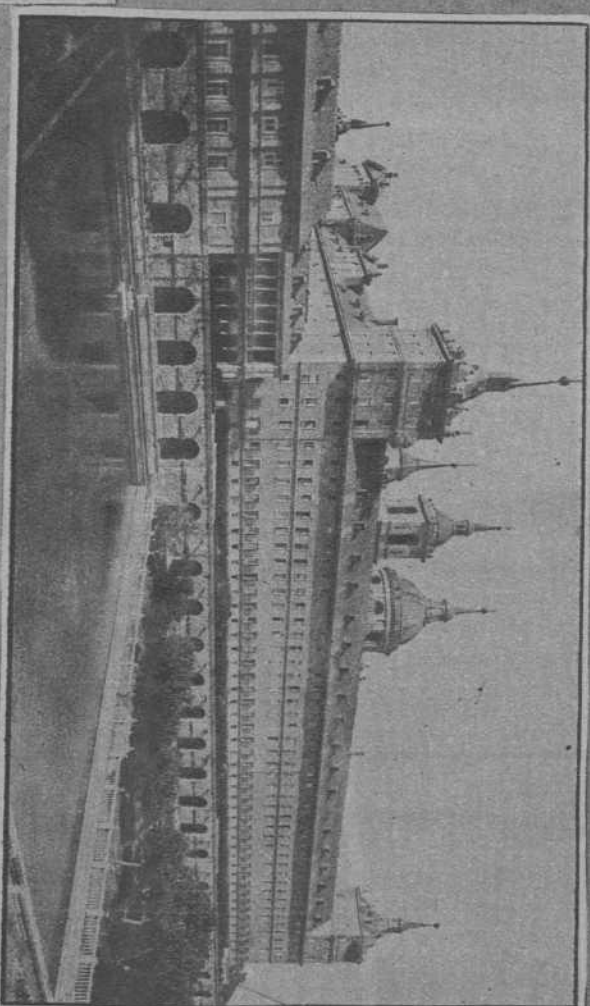
SALA DE EMBAJADORES



HABITUACIONES DE FELIPE II

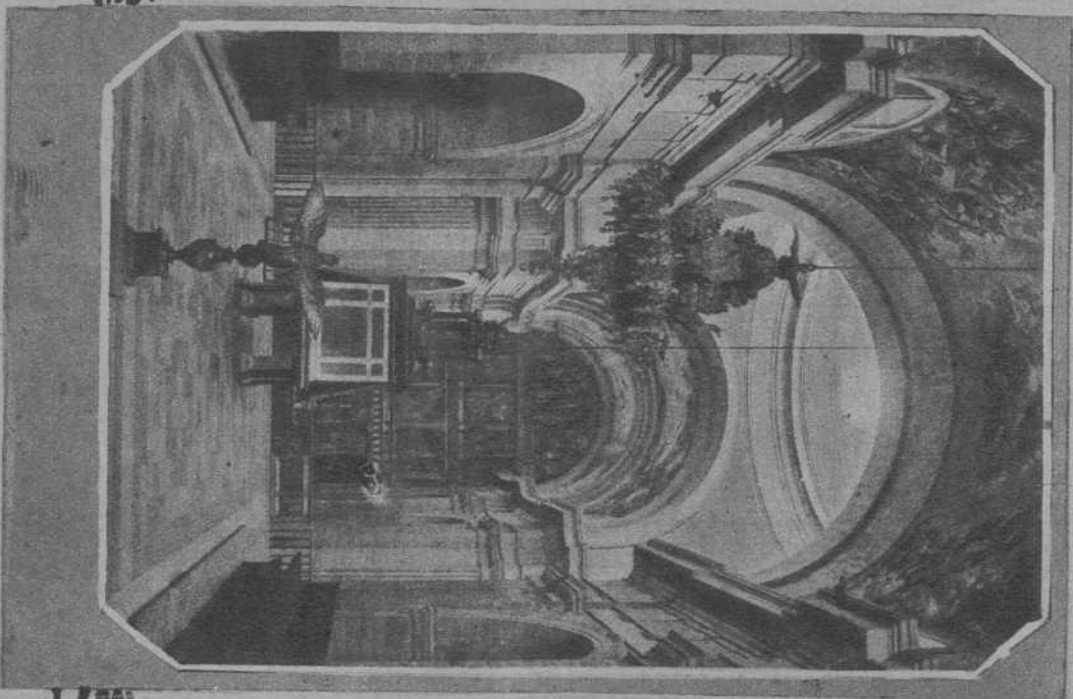


BIBLIOTECA



EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL UNE A LAS MARAVILLAS QUE CONTIENE:
EL RECUERDO SEVERO DE LA FIGURA DE FELIPE II, QUE
PARCE HABER LEGADO A SUS PAREDES UN SELLO INCONFUNDIBLE
DE TRISERVA

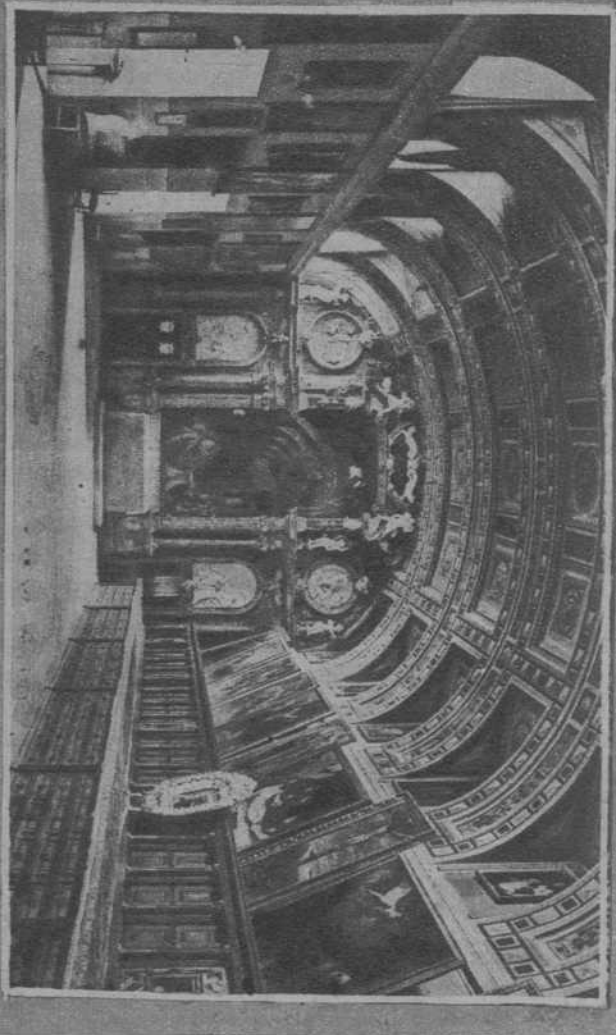
VISTA GENERAL DEL MONASTERIO



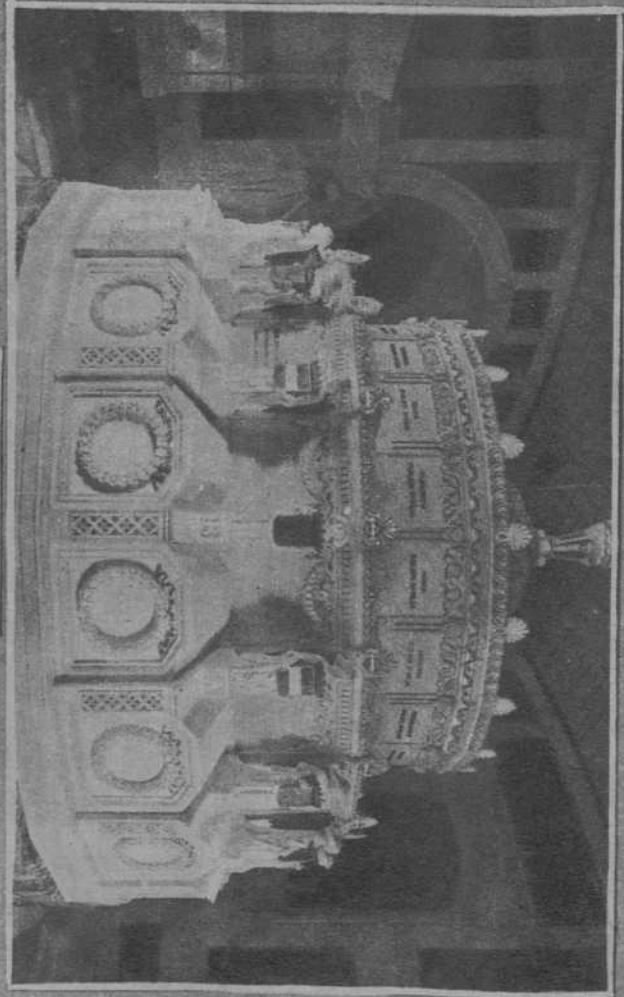
TEMPLO.—EL CORO



TAPICES DE GOYA



LA SACRISTIA



PANTEON DE INFANTES

CURIOSIDADES ¡CUAL ES!

¿Cuál es la palabra más bella del diccionario?
Esta pregunta se ha hecho a algunos de los más reputados profesores de Princeton, y muchos han coincidido en dar a las palabras «lealtad y fidelidad» la suprema importancia.

Cada uno de los preguntados debía indicar hasta seis palabras. He aquí algunas de las respuestas dadas:

El presidente Hibben ha redactado así su contestación: «Deber, lealtad, honor, sangre fría, respeto, sacrificio».

Mr. Dean West ha concebido la suya de un modo algo diferente; responde así: «Lealtad, bondad, ciencia, energía, valor, alegría».

El profesor Suart se expresa en estos términos: «Sensibilidad obligatoria, fe, valor, dignidad, altruismo».

Por último, el doctor Stuart Platón expresa su opinión de este modo: «Verdad, valor, perseverancia, salud, familia, amistad».

¿Cuáles son las palabras que alegrarías vosotros? He aquí un buen ejercicio que hacer con vuestros hermanos o vuestros compañeros de colegio: ¿Cuáles son las palabras más bellas del diccionario?

El secreto

Saber presentar una factura es arte nada despreciable en esta época. He aquí un ejemplo: Clara gran maquinaria de una fábrica se paró de repente, quedando sin poder trabajar el establecimiento entero. Los obreros rodearon la máquina, la accionaron y movieron de mil modos sin conseguir nada. Hubo que llamar a un mecánico experto. Llegó éste, miró la máquina, pidió un martillo, golpeó unos momentos y aseguró que marcharía bien, como así fue efectivamente.

La factura de trescientas pesetas pareció enorme al director, quien ordenó detalla.

El mecánico escribió: «Por golpear la máquina con un martillo, 50 pesetas. Por saber dónde había que golpearla, 250».



—¿Qué haces aquí, Pedro?
—Nada.
—¿Y tú, Luis?
—Yo, ayudo a ésta.



—¡Ya llueve!
—Menos mal que vamos dos. Así nos mojaremos menos.

El niño y el libro

Acabo de regresar de una biblioteca pública, donde la necesidad de una consulta, me llevó.

Una vez que en la biblioteca me dieron el libro que necesitaba, busqué un sitio donde colocarme y lo hice en una mesa donde tenía por compañeros a dos niños, el mayor de los cuales contaría quince años. El más pequeño de los dos tenía en sus manos las fábulas de Samaniego y el otro una colección encuadernada de «Nuevo Mundo». Absorto en mi lectura no me daba cuenta de lo que sucedía a mi alrededor, pero llegó un momento en que era tanto lo que se movían y lo que hablaban mis vecinos de mesa que llegaron hasta el punto de distraerme.

—La verdad es—pensé—que para esto podían haberse quedado en sus respectivas casitas estos niños y no venir a molestar a los demás.

Pero cuál no sería mi sorpresa al sorprendere este diálogo:

—No, no hagas eso. Mira que si te sorprende no me veni Mira, tú levántate y ponte al otro lado mío, como si estuvieras diciéndome algo, y así me tapas al vigilante que está por allí.

Dirigí mi vista hacia los niños para enterarme de lo que se trataba, pero no pude sorprender nada. Solo comprendí que trataban de ejecutar algo que estaba mal. Seguí escuchando

—Pero ¿con interrogaciones?—insistía el más pequeño.

—Porque es una lámina muy bonita. Inmediatamente descubrí todo y sin poderme contener me dirigí a aquel zángano que trataba de cometer un atentado contra un libro que, fiados en su cultura y educación, le habían dejado los empleados de la biblioteca.

—¿Y a usted qué le importa? ¿Es usted empleado de la casa?—me respondió el insolente.

No sé cómo me contuve, pensé que era un niño, mal educado, pero un niño al fin, y no respondí como debía a tal insolencia.

—Ahora comprendo—le dije—por qué tra-

tabas de cometer una mala acción contra ese libro que tienes. En gracia a que eres un renacuajo no doy parte de ti al vigilante.

—¿Y qué le iba usted a decir?—siguió diciéndome insolentemente.

—Vamos, cállate ya—le interrumpió su amiguito.—¿No ves que este señor tiene razón?

—Tú trataba de arrancar una de las páginas de ese libro—continuó—y eso no debe hacerse. Los libros hay que cuidarlos, aunque no sean de uno. En este caso, quizá más por ser de todos. Si antes que tú hubiera venido a buscar esa colección del «Nuevo Mundo» otro lector con tus mismas ideas te hubiera privado a ti del placer de contemplar esa lámina que tanto te ha gustado.

No quisiera continuar en mis predicaciones. Aquel niño no parecía comprenderme. Una sonrisa de idiota asomaba a sus labios y ví que me iba a hacer perder la poca paciencia que me quedaba.

Pues como este infeliz hay muchos sujetos en el mundo que consideran a los libros como una cosa sin valor espiritual alguna y no tienen inconveniente en maltratarlos y arrancarles sus hojas.

El libro merece todos nuestros respetos ya que ellos son los que nos enseñan todo cuanto sabemos y los que nos ayudan a ser hombres útiles no sólo para nosotros mismos, sino también para nosotros mismos.

Fábulas de esopo

EL ADIVINO

Un adivino se hallaba diciendo la buena ventura a un vecino cuando alguien llegó corriendo a comunicarle que habían entrado ladrones en su casa y le habían robado cuanto tenía. Al oír esto el adivino echó a correr hacia su morada y al verlo no faltó quien le dijera:

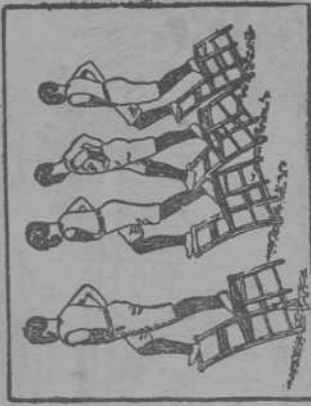
—¡Hola! ¿pretendes adivinar lo que pasará a los otros y no supiste adivinar lo que pasaba en tu casa?

Procuremos llevar en forma nuestros negocios en vez de aconsejar a los demás respecto de los suyos.

El equilibrio en una silla

Entre los numerosos ejercicios físicos que puede hacer la gente joven y ágil figura el de conservarse en equilibrio poniendo un pie casi en el borde de un asiento, y otro pie en el respaldo.

A primera vista parece un ejercicio más propio para romperse las narices que para divertirse, y, sin embargo, es facilísimo con un poco de práctica se domina perfectamente.



EL CIENTO DEL DOMINGO

FRACASO

POR G. DIAZ PLAJA

Ilustraciones de BOSCH



minos de la tierra, en busca de una distracción pertinaz. A cada etapa hallaba Gómez de Sandoval, un núcleo de admiradores. Se producía una especie de cosquilleo narcisista y ególatra, el encontrarse, en aquellas ciudades lejanas, tantas gentes que conocían y aplaudían su esfuerzo literario, logrado allá en su despacho de Madrid, bien ajeno su pensamiento a estos hombres y en aquellas ciudades de olvidados nombres. Mujeres sobre todo. Gómez de Sandoval tenía un público incondicional reclutado entre las mujeres de todo el mundo. Y no por que halagara su instinto femenino con artilugios de mala ley. Simplemente porque Fernando Gómez de Sandoval sabía exaltar magistralmente el sentido romanesco de las aventuras de amor.

Por esto, todas las lectoras de Gómez de Sandoval, eran como unas novias ideales e inasequibles, que rodeaban al novelista con una aureola de triunfo; eran como heroínas, alucinadas por su fama de novelista y por su auténtico prestigio de galanteador.

III

Eso, una lectora alucinada, fué la mujer más adorada por Gómez de Sandoval. La

que el novelista llevó de su brazo, al altar, Mercedes Almenar—ella—había escrito al novelista en un arranque romancesco: «¡Oh, maestro! ¡Cuánto me gustaría ser la heroína de su próxima novela!...» Fernando estaba acostumbrado a numerosas misivas apasionadas. Pero el corazón le llevó a conocer a Mercedes Almenar. Ciertamente hizo su heroína. La heroína de la novela de su vida.

Era como una muñeca deliciosa. Una muñeca para la que solicitaba Gómez de Sandoval constantemente a Dios, una larga vida de felicidad. Algo así como un muñeco de blero de

IRROMPIBLE

sobre su vida —«¡frágil!—de muñeco anticantador.

Pero en vano. Un día la dulce efigie de porcelana devino una muñeca de cera. La muerte aletó en su alcoba. Se rompió el delicado mecanismo de su corazón.

Fué entonces, cuando Fernando Gómez de Sandoval inició aquellos viajes sin rumbo, por todos los caminos de la tierra.

IV

A pesar del espleen que le tenía primero el sillón del Círculo, tras el ventanero de la calle, Gómez de Sandoval decidió acudir al debut de la compañía de revistas de Aurea de Castridor.

El había oído hablar de esta mujer, en Madrid. Había estado de moda en Europa. Era bailarina y danzarina. Quiero decir, que una vez ejecutaba el baile de moda

I
Esto sucedió en una ciudad lejana. En una tierra tropical violenta y encendida. La indispensable decoración, bajo un cielo azul intenso: casas resplandecientes de blancura, palmeras gráciles y femeninas; bronces en los rostros pasionales; trajes claros; y un hablar azucarado y mimoso acompañado de un gesto dulce e insinuante.

Además aspiraciones cosmopolitas pugnando por destruir la nota de color: clubs, automóviles, trestros...

Ahora, precisamente, había llegado para las valles de la ciudad una primavera extraordinaria. Todas habían florecido de inómitos carteles multicolores. El caso no era para menos. En el Teatro Principal debutaba la universal compañía de revistas que tenía como primera «divette» a Aurea de Castridor.

II

Fué al quedarse viudo cuando Fernando Gómez de Sandoval, el admirado escritor, inició aquellos viajes sin rumbo por los ca-

al frente de un ejército de corcheros, y otros en el escenario demandado, ante una cortina negra—en cuerpo gracil y armónico, marcaba los ritmos de las danzas clásicas.

Este era el punto álgido de la Fiesta. Este el momento en que Gómez de Sandoval triunfó en el teatro.

Se apagaron las luces. Fervorizó el silencio. Una música maravillosa empezó a despertar esa maravilla melódica que es el momento musical de Schubert. Aurea de Castriador, semi desnuda, ágil, rítmica, espectral, pasó su cuerpo a la melodía musical.

Gómez de Sandoval tenía los ojos medio entornados. Los iba entreabriendo con lentitud, aumentando su brillo y su firmeza. Pero aquella mujer! Aquella mujer!—La danzarina andaba en divina estatua de diosa.—¡Oh, aquella mujer!... ¡Cómo se parecía a Mercedes Almenar, la muñequita muerta!

VI

Cuando el telón hubo caído, Gómez de Sandoval se dirigió al escenario. Pepe Ferrer, el buen amigo, se encargaría de las presentaciones. Al penetrar se inspeccionó a sí mismo: una rara nerviosidad le embargaba. Se le debía notar en el rostro porque unas corchetas que salían apresuradamente se quedaron mirándole y sonrieron. Pensaron en el novato en lides de amor, George y también, ante la estrella radiante. Y, sin embargo, ¡qué poco había de eso en Gómez de Sandoval! Desde muy joven, los exámenes de Madrid no tuvieron para él ninguna secreta. Pero ahora!

Por fin. Allí estaba ella. Pepe Ferrer había dado con los nudillos en el espléndido. —¡Mira, Aurea, Fernando Gómez de Sandoval, el novelista, desea conocerte.

El no sabía de memoria la escena. Recordaba el rostro radiante de todas las personas que se enfrentaban con él. Y las frases de siempre: «¡Usted!» «¡Gómez de Sandoval!» «El autor de «Margarita azul!» O bien: «¡Maestro! Uno de los momentos más deliciosos de mi vida se los debo a usted. A su novela «La aventura ciega»... A veces, simplemente, «¡Es para mí un orgullo!»

Pero Aurea no dijo nada. Aurea de Castriador no sabía quién era Fernando Gómez de Sandoval.

VII

Al oír el nombre glorioso no hizo sino mirarlo, con una atención displicente, al rostro. El novelista contempló avidamente el misterio de sus ojos claros.

Barbotó, en seguida, tontamente: —Usted me recordaría mucho, a una persona lejana, muy lejana, Aurea! Ella, con un mobiliario sonriente, barbotó: —¡Ah! ¿eh?

El iba a contar. Pero se detuvo. El horror al ridículo, lo absurdo de una confesión así... Prefirió decir cosas banales: —¡Ha estado usted maravillosa, Aurea!

VIII

Y sin embargo Aurea de Castriador era como una Mercedes Almenar rediviva. El mismo sabor de muñequita alocada, de bibelot. Pero esta menos sensitiva, menos romántica, menos sentimental. Un día Gómez de Sandoval, le dijo:

—¡La quiero a usted, Aurea.

Ella, como siempre, sonrió.

—¡Qué mal calculador es usted, Fernando!

—¿Por qué?

—Ha llegado usted retrasado. Nos vamos el miércoles. ¿No lo sabía?

—No lo sabía.

—El esfuerzo hemos de debutar en Ciudad Alta. A menos—agregó, sonriendo—, que usted quiera seguir a la compañía. Dígame a don Ramon que le contrate de bailarín. ¡Despando, ¡ha a resultar magnífico!

Aurea de Castriador se volvió.

de Sandoval, debutando como bailarín en la compañía de revistas de Aurea de Castriador!

El comentario de laconocimiento, en un periódico de Madrid, apareció bajo este epígrafe contundente: «Gómez de Sandoval se ha vuelto loco»

IX

Loco. Sí. Loco de una pasión llamante y fuerte. Primero se secretó a Aurea como al altar del recuerdo de la otrada Mercedes Almena. Luego Aurea de Castriador borró la imagen de la muñequita muerta. Y fué ella sola, única, dominadora sobre su corazón.

El quería retroceder, a veces. Sarcasmo. Comprenda la monstruosidad de que todo un Fernando Gómez de Sandoval, anduviera por escenarios y tablados, bailando del brazo de Aurea de Castriador.

Ninguna estrechez económica le ligaba a ello, es le aparecía también el fantasma de su prestigio de su dignidad literaria. Pero ella le quería así. ¡Le hacía tanta gracia ver a Gómez de Sandoval embutido en



A Gómez de Sandoval se le ocurrió una idea peregrina: —¿Por qué no?

VIII

el frac escarlata con que salía a escena entre expectativas progresivamente más altas! For ella lo hacía. No lo hubiera hecho por nadie más.

X

¿Eras amor lo de Aurea? La vida inquieta y las horas turbulentas, le insensibilizaban.

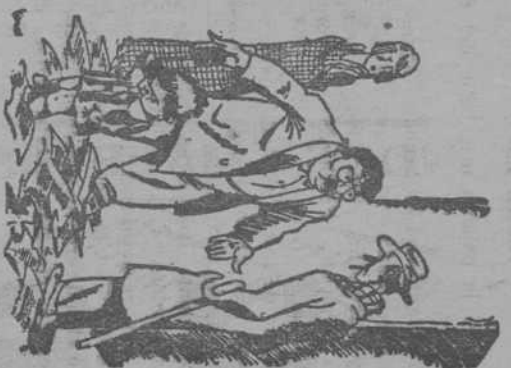


Como se parece a papá. ¡Tiempoco tiempoco en la cabeza!

ROMPECABEZAS



¿Qué es lo que persigue este perro?



—¡Este condenado hijo mío ha roto el original de mi comedia!
—¡Carabambal! ¡Usted no me habla, diácho que ya sabía leer!



—¿Cómo es que has perdido a papá, jaquetas para el sol? ¿Y tus hermanitos?
—¡Te crees que no me acuerdo de ellos! Les daré los malos viejos.



—¿Por qué tantas muñecas, Lolita?
—Porque quiero guiar el auto de papá y éste dice que, para hacerlo, se necesita muchas muñecas.

ROMPECABEZAS



—El caballo regresa sin su jinete. ¿Alguna habrá quedado así?

PAGINAS INFANTILES

HISTORIA NATURAL

EL BUITRE

Este ave rapaz, de la familia de las vulturíidas, es el símbolo de la santidad y de la crueldad, siendo su voracidad proverbial. En Grecia y en Roma, considerábase antiguamente al buitre como un animal de mal agüero y estaba consagrado a Marte. Los buitres son aves de gran talla, con el pico fuerte, largo, derecho, muy gancho en la punta, cubierto por la cera más allá de la mitad, de cabeza desnuda o cubierta solo con escaso plumón, de anchas alas y garras cortas, obtusas y un poco curvas. Por lo regular, son animales desconfiados y cobardes, pero de un carácter violento.

Lo mismo en nuestro país, que en el Norte de África, hay tres especies de buitres: el comitán o eleonador, el negro y el llamado calmacho.

El buitre leonado es de un color entre pardo claro y cenizo y tiene un collarín de pluma blanca; es una especie de gran tamaño, llegando a tener una envergadura de dos metros y medio. Anida siempre en los riscos escarpados, poniendo un solo huevo sobre un toco monón de rama; dotada esta rapaz de gran vista, remóntase a gran altura, y en cuanto divisa algún animal muerto, desciende rápida sobre él para atracarse de carne putrefacta. Como unos y otros se ven de lejos, no es raro que en torno de una carroña se reúnan treinta o cuarenta de estas aves para disfrutar una parte del opíparo banquete que se les ofrece.

El Sabana, marca el límite meridional de la patria de éste buitre, que necesita altas montañas para criar.

El buitre negro, es el más corpulento de nuestras rapaces, pues hay ejemplares que miden 1.30 centímetros de altura; defiere del leonado, no sólo en el color sino en sus costumbres; instalando su nido en los árboles gigantescos, reuniéndose en menor número cuando hay algún festín en perspectiva. Sin duda por esta razón, la superstición romana juzgaba de buen agüero, el ver doce o más buitres negros reunidos. En aquellos tiempos, el buitre era objeto de mil preocupaciones populares, y así Plinio dice, que no hay nada mejor para ahuyentar a las serpientes que quemar una pluma de estas aves de rapina.

Algunas de estas absurdas creencias procedían del antiguo Egipto, donde el buitre era mirado con aquel respeto que en el país de los Faraones se tenía por todo lo que se relacionaba con la muerte y los cadáveres; pero la especie conocida por los egipcios era el «almoché», que abunda mucho en el Norte de África, viéndose en todos los busureros y muldareos y siguiendo a bandadas a las caravanas del desierto para devorar los cadáveres de los camellos que

se quedaban por el camino. Esta rapaz que también es frecuente en nuestra Península, es el más pequeño de los buitres, teniendo apenas el tamaño de un pavo. De un color pardo sucio cuando joven, al hacerse adulto tiene el plumaje blanco con las puntas de las alas negras; su cuello y su cabeza están cubiertos de una piel rugosa y amarillá, llevando por detrás una especie de cresta o cimera de plumas tiesas, que les da un singular aspecto.

En el África del Sur, vive una extraña rapaz, que aún cuando tiene gran parecido con el buitre, constituye por sí sola la familia de las serpentariidas, por la suya con que éste volátil persigue a las serpientes. Su alimento consiste en toda clase de animales, desde pequeños roedores hasta grillos y saltamontes; pero persigue especialmente a las culebras, lagartos y otros reptiles, a los que mata a patadas y a picotazos, de modo que resulta un animal sumamente útil para limpiar las granjas de tan molesta vecindad, viéndose frecuentemente, alternar con las aves domésticas.

E. S. N.



—No te acerques al perro porque te mordería. Como no te conoces...
—Dile que soy Pepita...

Recuerdo infantil

Una tarde parda y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel se representa a Cain fugitivo, y muerto Abel junto a una mancha carmín. Con timbre sonoro y hueco truena el maestro, un anciano mal vestido, enjuto y seco, que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil va cantando la lección: mil veces ciento, cien mil; mil veces mil, un millón. Una tarde parda y fría de invierno. Los colegiales estudian. Monotonía de lluvia tras los cristales.

ANTONIO MACHADO

zaron para el amor. Quedó sólo lo externo: la muflequita adorable y deliciosa. Y un afán desordenado de exhibición. Admirable instrumento Gómez de Sandoval!

Ya, para siempre, bajo el cartel anunciator de su nombre—en letras resplandecientes—subyugaba la gente:

—Esta es la que enloqueció a Gómez de Sandoval, cuando hizo aquella tontería de exhibirse de ballarín en su compañía de revistas.

XI

Un buen día regresaron a Madrid. Los gente las vio pasear del brazo. Al revés de lo acostumbrado, era ella la que exhibía a su pareja con un lumínico de triunfo en los ojos.

Pero sucedió que, por aquel tiempo, llegó a Madrid un famoso boxeador negro, Jones Bull. Jones Bull venía a defender un título de campeón. Fué, naturalmente, el hombre del día.

Una tarde alguien vio a Aurea de Castro, del brazo de Jones Bull.

El amigo oficioso y cruel de siempre, llevó la noticia al novelista:

—He visto a esa. Iba con Jones Bull, el boxeador negro.

XII

¡Fracaso! ¡Fracaso sentimental! ¡Fracaso terrible! El quiso cancelar un alma, con el modelo de la amada. Era la misma cara, era la misma carne, era la misma sangre. Pero el buril del artista se embolaba en hielo y hierro. En dureza, en frialdad. ¡No era Mercedes Almenar, la amada muerta, la que era tan suave y tan ingenua y tan apasionada! Era ésta otra, una ballarina, una...

1. Pero la imagen del espíritu bueno, ido para siempre a la eternidad, alejaba en torno a la mujer incapaz de rectitud. Alejaría junto al hombre grisanteo, brutal, insensible, sin sombra de fervor lírico. De ese fervor que era su mejor homenaje ante la mujer amada.

Se levantó. Por el ancho vitral de su despacho se veía el cielo gris. Lloviznaba. Pasaban parejas bajo los paraguas charolados de lluvia. Acaso bajo alguno de ellos, riéndose de su recuerdo, Aurea y el boxeador. ¡El ridículo! ¡El espantoso ridículo! ¡Y la sonrisa despectiva! ¡Y el vacío en torno suyo!

Un arrebató de desesperación le congeló el rostro. En el estancito de la derecha estaba la pistola. Sí, la pistola. Corrió a ella y la cogió; la mantuvo entre

las manos acariciando su frialdad con lentitud, casi con mimo. Luego la alzó lentamente hasta apoyarla en la barbilla. Un estremecimiento helado le recorrió. Reaccionó un tanto. Miró a la calle. Salía el plaudor purificado.

Dejó el juguete terrible sobre la mesa. En esto la puerta que se abre violentamente y el amigo que entra hecho una tromba.

—¿No sabes? Jones Bull ha sido encontrado malharido en una cuneta. ¡Un mal viaje, chico!

Gómez de Sandoval se quedó pensando. Se quedó pensando en que Aurea de Castro tenía un poder de destrucción sobre la vida de los hombres que se tropezaba en su camino.

Y quiso sentirse fuerte. Y quiso tener valor para torcer los Hudos y la fuerza terrible de la Mujer. Y se sintió optimista, feliz.

Todavía el amigo, extrañado del gesto que sorprendió al entrar y del arma sobre la mesa, preguntó:

—Pero, ¿qué es esto? Y Fernando?

—Ya nada. La pistola que ha estado a punto de descargarse...



El continuador entusiasta de la obra benéfica de doña Concepción Arenal

Si nuestro régimen penitenciario, es aun débilmente lo que sería cincuenta años atrás, cuando sólo existía una cárcel celular, y podía decirse que no había una sola casa de reforma?

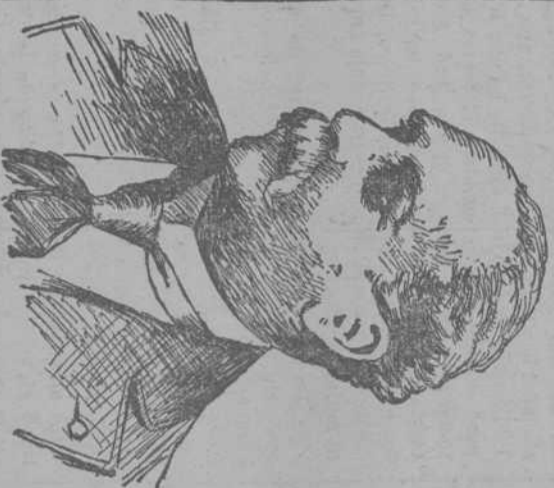
El espíritu verdaderamente cristiano de nuestro Armengol, no podía ver sin dolor, aquella inmensa multitud de seres, amontonados en lugares infectos y hacinados, privados de luz y ventilación, de todo consuelo y de toda ocupación, entregados al infierno de sus pensamientos, embrutecidos por el ambiente que desde su infancia habían respirado, y todo esto años y años, y a veces toda la vida, sin esperanza de salvación, todo por el abandono iniciado de aquella sociedad, que le condenaba sin aprehensión, a una horrorosa pena, sin atender al origen de su infortunio.

Decía él: «No es que yo sienta por estos pobres una predilección sobre los demás, pobres honrados, sufridos, héroes de paciencia, virtud y resignación, no; es que no puedo olvidarme que estos presos y presidiarios, aunque delinquieron o esperaron el fallo de la justicia, tienen un alma que deben salvar y nadie les encamina, nadie les guía por este camino; es que deseo que van a la senda del deber, senda que, aunque sembrada de espinas, está rodeada de elementos que dan alientos, que comunican estímulos, que ayudan a sostener la lucha».

Todo su fogoso entusiasmo, lo comunicó a sus amigos, que no eran pocos y el 14 de mayo de 1879, en el salón de sesiones de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, reunieronse bajo la presidencia del ilustre patriota don Francisco de P. Rius y Tanlet, más de 70 personas, pertenecientes a las clases más influyentes de la ciudad, admirándose casi otras tantas. Esto fué el origen, algunos meses más tarde, de la «Asociación General para la Reforma Penitenciaria de Barcelona», contando con la adhesión de doña Concepción Arenal y de varias notabilidades nacionales y extranjeras.

Esto es el principio de su labor fecunda que había de exteriorizarse en un sinnúmero de instituciones fructíferas. Una de ellas fué la construcción de la nueva cárcel de Barcelona, cuya primera piedra fué colocada en el año de la Exposición Universal en 1888. Una vez terminada, haciendo justicia a su actividad, la Junta de Construcción acordó en una de sus sesiones, a propuesta del magistrado don Martín Cereceda, fuesen colocados los retratos de Armengol y el de Concepción Arenal, al lado de S. M. el Rey, bajo dosel en el salón de actos.

Otra de las fundaciones que honran su



PEDRO ARMENGOLO Y CORNET

memoria fué la instalación del Asilo Duran debido también a su iniciativa y consorcio. Este vino a substituir la antigua casa de corrección, llamada vulgarmente «de la corrupción».

La única cárcel que hasta entonces había habido, instalada en la calle de Amalia, era una verdadera ignominia, no sólo como local, sino por los abusos y escándalos que sus muros habían presenciado. En cierta ocasión, fué nombrado alcalde, un torero, sin otra razón que el no tener otro destino disponible, para recompensar sus servicios electorales. En otra, un preso, era el que mandaba en absoluto e iba étrel, explotando de mil maneras a los presos y a sus familias. Llegaron a tanto la corrupción del régimen de aquella casa, que los matones o valientes, ejercían toda clase de presión sobre los demás; eran frecuentes los arreos de los presos, los hurtos de ropas y dineros, frecuentes las palizas, las lesiones y aun los homicidios e incluso una vez, el alcalde, echó de la casa a la Junta Auxiliadora de la Cárcel de la que formaba parte como vocal, don Pedro Armentgol, porque trataba de impedir los abusos que se cometían.

No hay necesidad de encomiar la importancia de la fundación del Asilo Duran por este eminente patriota, pudiendo lograr que se encargaran de él, los beneméritos religiosos de San Pedro Ad Vincula, bajo la dirección del Rdo. P. Agustín Peyras, quien, como otro don Bosco, poco después de haberse encargado del establecimiento, pudo verificar una salida al campo con sus 140 asilados, todos discipulos y rebeldes, sin

que faltara uno solo a su regreso y sin que durante el día ninguno hubiese dado pie a la menor queja.

Pedro Armentgol, apostolado de la reforma penitenciaria, tuvo la satisfacción de ver recompensados sus esfuerzos, siendo reconocido su valor por doña Concepción Arenal, una de las personalidades más relevantes de que puede enorgullecerse España, y por eminencias extranjeras como Wines, Bertrand Sealia, Swernes, Goos, Haddouin, Petersen, Póis y Sharkey, etc. etc., hombres encanecidos en la carrera del foro o la penitenciaría que alabaron al que hizo cuanto pudo, para disminuir con su prestigio personal, el triste papel que España hacía con su indiferencia hacia estadidos de tanto valor. Hay que decir que Barcelona con su Diputación, supo darle la importancia que tenía, al nombrarle su delegado en los congresos de Estocolmo en 1878, en el de Roma en 1885 y en el de San Petersburgo, en 1890.

A Armentgol interesábale todo cuanto tendía a estrechar los vínculos de la fraternidad humana y no sólo sus esfuerzos bucaron a los presos y descañados, sino que también la cuestión social fué su estudio predilecto, y su apostolado, no sólo se exteriorizaba en libros y folletos, sino que siempre estaba actuando su espíritu avido de amor a sus semejantes. Su palabra fácil, agradable y persuasiva y su arrogante figura, le daban una atracción simpática, que él sabía emplear en toda ocasión, para consolar al afligido y encaminar al descañado. En la conversación amical, en el tren, de viaje, su espíritu lleno de benevolencia le ponía en relación con toda clase de personas. Obreros, amigos, parientes, desconocidos, podían esperar todo de la buena voluntad de Pedro Armentgol y su conversación tolerante, amena y persuasiva, tendía siempre a estrechar los vínculos sociales. Podía convencer o no, pero conseguía siempre, grabar en la mente del que había hablado, una imagen seductoramente simpática que no se borraba jamás.

Nacido en Barcelona el año 1837, era doctor en Derecho civil y canónico. Fué consejero penitenciario, relator secretario de la Audiencia Territorial de Barcelona, delegado por la Diputación Provincial en los congresos de Estocolmo, Roma y San Petersburgo, siendo ponente oficial en dichos congresos, comandante de la Real y distinguida Orden de San Carlos III por propuesta del Ministerio de Gracia y Justicia, jefe superior honorario de Administración, murió en Barcelona en 1896 cuando aún podía esperarse mucho de sus iniciativas humanitarias y eficaces.

JOAQUIN BAS GICH

Sobre el verano y el veraneo

NOTAS ESTIVALES

Ante el calor amanajado, entre rojo y amarillo, del verano, el verano le opone su bandera: es blanca y azul. Blancos, los pantalones de franela, las camisas de sport y los ligeros vestidos de las muchachas. Azul, el del mar y el de las americanas cruzadas. Blanco y azul, el color de las casetas de baños, y el de los alegres entoldados de las estivales fiestas mayores.

Eso demuestra, entre otras cosas, que el verano fué inventado por la juventud. Claro que a los viejos y a las personas de cierta edad les complació la cosa y desde entonces que se dedican a veranear como unos desesperados. Pero yo creo que los viejos y las personas de cierta edad podían, muy bien, veranear en invierno y dejar el verano libre para la gente joven, que tiene ganas de correr, de bailar y de volverse morena.

Hay dos clases de veraneo: el veraneo científico y el veraneo por placer. El primero lo inventaron los médicos, y es una cosa horrible. Los pobres pacientes se van al campo o al mar con una convicción semejante a la que se tomarían un expectico. Y es que la Medicina ha descubierto que la Naturaleza es, en cierto modo, un verdadero expectico. Por esa sola razón, resultaba desastrosa al que ha de tomarse. Hay expecticos, que si en lugar de ser vendidos en las farmacias los despaquaran en el mostrador de un bar, sin etiquetas demostrativas de su alta eficacia curativa, nos los beberíamos con un evidente placer. Sólo así es comprensible el gran éxito alcanzado por el wyski, cuyo sabor es perfectamente medicinal, pero que por otro lado tiene una tradición un poco calavera y sobre todo sabemos que no nos ha de remediar absolutamente nada el dolor de estómago.

La juventud tiene en su favor el hecho de que se lanza al veraneo con un espíritu absolutamente anti-científico. Ya a no hacer nada, que, al fin y al cabo, es lo más agradable que puede hacerse en este mundo. Los jóvenes disfrutan del verano, no porque su temperamento les sea más propio para ello ni porque su vitalidad les exige un rendimiento superior al de la otra gente. Su alta calidad perceptiva del placer del veraneo proviene precisamente de la seguridad de que esta sesión estival no les supone trabajo alguno. Y es que los jóvenes constituyen la legión más perfectamente preparada para gozar los beneficios del ocio.

Hay gente, no obstante, que escogen el veraneo como su estación preferida de trabajo. En ese punto de mira coinciden los literatos y ciertos hoteleros. Yo presumo los platos que un hotelero puede servirnos en esta época; pero no llego a sospechar lo que puede producir un escritor. Es indudable que si Dios instauró el verano por

algun motivo, fué para que sus criaturas se dedicaran al descanso. Descansar es divertirse. El reposo estival tiene, pues, una procedencia casi divina, y los literatos que se empuñan en escribir sus obras en ese tiempo, cogen un aire tan irreverente como el de un señor que obsequiara a sus amistades con un concierto de gramofono la noche del Jueves Santo. No obstante, no sería de extrañar que una metódica estadística nos demostrara que la mayoría de las grandes obras que ha producido el cerebro humano han sido escritas precisamente entre junio y septiembre. Pero eso, además del evidente mal gusto de los escritores, no nos demostraría otra cosa que el mundo es aún más paradójico de lo que suponíamos. Yo creo sinceramente que una de las principales causas de la crisis del teatro, que todos hemos tenido más o menos ocasión de lamentar, se deriva de la pérdida costumbre de los comedidgratos de trabajar en verano.

Es muy necesario, también, establecer una nueva división entre los veraneantes. Nos referimos a los que van al mar y a los que van a la montaña. Eso, que a los ojos de un espectador ingenuo no alcanzaría otra significación que la de una simple cuestión de itinerario, tiene una evidente importancia. Entre los veraneantes del mar y los de la montaña se levanta una barrera psicológica mucho más considerable

de la que les opone simplemente la Geografía. Entre unos y otros, el buen observador podrá notar una frialdad mucho más efectiva que la que nos promuevan los anuncios de los balnearios.

Los montañeses—los llamaremos así—sienten un oculo desprecio para los marítimos—también los llamaremos así—. Los primeros creen encarnar un espíritu de aristocracia del veraneo. Eso de ir al mar—dicen—es cosa de granvenas. El veraneo en la montaña es mucho más sólido y tiene una sanidad de seriedad, del que carece el de las playas. En su fuero interno experimentan la vaga sensación de que el veraneo al lado del mar es una cosa frívola e insubstancial, con un cierto sabor de opereta vianesa.

Sea porque a mí me place la opereta vianesa, o por otros motivos cualquiera, lo cierto es que mis simpatías van absolutamente hacia los veraneantes marítimos. Yo estoy muy dispuesto a aceptar que la montaña es mucho más sólida que el mar, siempre que estos señores no concedan, a su turno, que es mucho más triste. Yo prefiero la playa al monte, por los mil motivos que prefiero un artículo de J. Ho Camba a otro de don José Ortega y Gasset.

JOSE MARIA PLANAS

ESTAMPA

Mimi es una muñeca blanca, rubia y clorótica. Mimi es una princesa alceada y despótica. Muy siglo XX vive sus pecados horrendos. Venenos orientales de sensación divina, sagrados sueños de opio, de café y morfina, gozados a la sombra de sus espíritus tremendos. Su éxodo por la vida será penoso luego, la carne castigada dará danzosa idea, crepitará materia quemada por el fuego, que encenderá el Rebelde Rabí de Galilea, y mientras van llegando de Lázaro las llagas, Mimi goza en sus noches torturadas y vagas los dolorosos gozos que a su cuerpo le dan los abusos de Wyski, de ausencia y de champagne. DOMINGO DE FUENMAYOR